

defensivo diferente de la OTAN por lo que tenían que garantizar la pervivencia de la Alianza Atlántica con la capacidad de disuasión frente a la URSS pero a la vez que permitiese a los alemanes dar muestra de acercamiento a éstos para así generar un clima de confianza Este-Oeste imprescindible para que Moscú aceptara la unificación alemana dentro de la OTAN.

Casi cinco décadas después del final de la guerra, en un marco consensuado entre las dos Alemania y las cuatro potencias con derecho sobre estos países, se lograba que Alemania se convirtiera en un Estado plenamente soberano y con ello el final de la Guerra Fría. Comenzaba una nueva etapa para el viejo continente con nuevos desafíos en un ambiente más complejo.

Traverso, Enzo. *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*. Buenos Aires, Prometeo, 2009, 310 pp.

Por Claudio Hernández Burgos
(Universidad de Burgos)

Actualmente los estudios sobre la violencia y la experiencia de guerra que experimentaron los combatientes tras la Primera Guerra Mundial, se encuentran en alza. Historiadores como Mosse, Gentile, Bartov, Mazower o el propio Traverso tienen parte de culpa en este interés por el fenómeno bélico. La revalorización de los elementos culturales y emocionales generados por la Gran Guerra y desarrollados profusamente a lo largo de los años veinte y treinta del siglo XX, era necesaria. Y lo era, porque estas interpretaciones que podíamos llamar “culturales” han hecho una loable aportación a la hora de clarificar el ascenso de los fascismos y la crisis de las democracias en el periodo de entreguerras. Durante mucho tiempo la historiografía española ha permanecido al margen de este impulso recibido por los componentes culturales del fascismo, la Gran Guerra o la Segunda Guerra Mundial. Afortunadamente, son muchos los historiadores que se están interesando vivamente por estos aspectos de cara a un análisis más completo del periodo de entreguerras, la Guerra Civil y la posguerra españolas. Los trabajos realizados en los últimos años muestran que las aportaciones de la historia social y cultural han sido bien sintetizadas para dar lugar a estudios en los que política, ideología, cultura o sociedad se mezclan dando unas explicaciones más

satisfactorias sobre uno de los periodos más atendidos por los especialistas.

El libro de Enzo Traverso supone el ejemplo palpable de cómo sociedad, política, literatura o memoria son elementos de gran utilidad para explicar los diferentes fenómenos que marcaron el siglo XX. Traverso toma la noción de “guerra civil europea” de Ernst Nolte, y la reinventa inteligentemente para captar cómo violencia, cultura o política modelaron las mentalidades y las prácticas de los actores del periodo. Con la memoria como vector principal, Traverso recoge también el concepto de “zona gris” de Renzo Felice, que tan acertadamente refleja las diferentes actitudes de los europeos hacia la guerra. Este concepto evita, por un lado, la trampa de creer que en un periodo de gran violencia como éste, sólo hubo víctimas y verdugos y, por otro lado, ayuda a comprender el impacto que la sangre tendría en los ciudadanos corrientes y el por qué de sus actuaciones en cada momento. Aunque difícil, “adentrarse” en las mentes tanto de los combatientes como de los civiles, resulta fundamental para entender las consecuencias de la “experiencia de guerra”. El término “guerra civil europea” englobaría estas experiencias, pero también los múltiples conflictos armados que jalonarían los años veinte y treinta, o la lucha entre una cultura antifascista-democrática y una cultura fascista-autoritaria que Traverso utiliza como eje de su obra.

Esta primera parte de la obra comienza justificando las razones para la elección del término “guerra civil europea”, (capítulo 1) que, aunque acuñado por Nolte, ha sido reutilizado por historiadores como Casanova o Preston. Traverso critica los rasgos que el historiador alemán confirió al concepto, remontándose a su vez a los grandes conflictos que a nivel internacional han afectado al “Viejo Continente”. Puestos en antecedentes, Traverso utiliza hábilmente dos nociones de cara a clarificar el periodo 1914-1945. La primera de ellas es la de *ciclo*, ofrecida por los trabajos de Braudel y Kondratieff. El concepto de ciclo, ejemplifica perfectamente cómo la guerra civil europea no fue un acontecimiento, sino una serie de sucesos catastróficos y mutaciones vertiginosas que se articularían en torno a una sucesión de “guerras civiles”, clasificadas por el autor en tres fases: 1917-1923; 1936-1939; y 1939-1945. La segunda de las nociones es la de *secuencia*, que el historiador italiano utiliza para sostener que los conflictos acontecidos tras la Gran Guerra, funcionaron bajo la lógica de un

enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución, progresivamente brutalizado. De este modo, en el seno de estas luchas se desenvolverían guerras de muy diferente cariz, dependiendo del escenario en que se desarrollaron.

Sí algo caracterizó a estos conflictos fue su “barbarización” y su falta de reglas –Traverso habla de anomia– (Capítulo 2). Tomando escritos teóricos diversos, pertenecientes a Carl Schmidt, Walter Benjamín o Norbert Elias entre otros, analiza la creciente escalada de la violencia en el continente europeo y la pérdida progresiva de los elementos del *bellum justum* que habían caracterizado las luchas armadas hasta el momento. Al respecto, traza convenientemente el prototipo de partisano que se batió en muchos de los conflictos del periodo, esclareciendo el complejo papel desempeñado por éstos y la desconfianza que causaron entre los civiles. Sin embargo, quizás minimiza en exceso el papel de la “zona gris” cuando le priva de capacidad decisoria en beneficio de las minorías activas. La diferenciación entre violencia caliente y violencia fría sirve para mostrar las dos caras de la moneda de la guerra: la de los actos marcados por un desborde de pasiones y sentimientos de venganza, y la de una violencia “moderna y distante”. La omnipresencia de los regímenes dictatoriales catalizaría la espiral de violencia de estos años, ejemplificada tanto en los fascismos italiano y alemán nacidos de la experiencia de guerra a los que alude el autor, como por otros “parafascismos” o dictaduras de entreguerras, que también experimentaron procesos de “carismatización”.

Como característica de las guerras que se dieron en este arco temporal, Traverso alude al grado de ferocidad que alcanza el combate y la deriva violenta que toma el lenguaje durante la lucha (Capítulo 3). Lenguaje y prácticas violentas que no se reducen al campo de batalla sino que se extienden como una sombra sobre la retaguardia que queda convertida en otro frente de combate. A continuación, (Capítulo 4) Traverso se adentra en el territorio de las consecuencias de la guerra. Entre las múltiples secuelas de las víctimas, el odio ocupa un lugar principal, que en ocasiones hace entrar en escena, necesariamente, al olvido. Pero, como el propio autor advierte, ese olvido, aunque puede ser perdón, no es amnistía. En resumen, Traverso nos alienta a superar el tabú contemporáneo de recordar, incidiendo, a mi juicio pertinentemente, en la necesidad de

memoria y reconocimiento público para evitar la traición a las víctimas y construir una democracia más sólida.

En la segunda parte del libro, “culturas de guerra”, Traverso empieza mostrando el proceso de desmitificación sufrido por la experiencia bélica en los primeros años del siglo XX (capítulo 5). Así, observa como la “muerte romántica” y el heroísmo dan paso, con el estallido de la Primera Guerra Mundial, al horror y al pánico de los combatientes en las trincheras. La desaparición del sacrificio individual en beneficio del holocausto colectivo, contribuyó a frenar las visiones idealizadas del combate tras la Gran Guerra. En esta línea, el autor va descubriendo los “imaginarios de guerra” (capítulo 6) que se construyeron en el periodo, aludiendo a visiones positivas y negativas del combate. *Shell-shock*, angustia o los monumentos a los muertos, serían consecuencias de la experiencia bélica que tanta sangre había derramado. Pero esa misma sangre era la que había fomentado el espíritu de hermandad que ahora emergía en el corazón de una jóvenes convertidos en hombres en las trincheras y de unas mujeres que habían emprendido la guerra de “apoyo moral” en la retaguardia.

Pero consecuencia de la Gran Guerra fue también la crisis que sufrieron muchos intelectuales. Los desastres de la guerra hicieron que muchos desconfiaran del liberalismo y abogaran, sin llegar a los extremos de Ernst Jünger, por soluciones más drásticas (Capítulo 7). Es en este contexto en el que el comunismo o el fascismo, al que Traverso quita parte de su componente revolucionario al denominarlo “revolución sin revolucionarios”, fueron ganando adeptos. Independientemente de las diferencias, el autor afirma la presencia de una conciencia generalizada de la existencia de una crisis a todos los niveles, que queda escenificado en el enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución. Limpiar la memoria del antifascismo es el último objetivo que se propone Traverso (capítulo 8). Un antifascismo que tuvo su máxima expresión en la Guerra Civil española, en la que llegó al extremo la polarización entre fascismo y antifascismo, haciéndose difícil y peligrosa la permanencia en la “zona gris”; y un antifascismo cuya memoria no puede ser recordada del mismo modo que la del fascismo, puesto que fue el germen de la democracia.

En definitiva, el historiador italiano elabora un estudio necesario y sugerente. Es necesario porque ofrece una visión diferente de la guerra y de la violencia de Estado, con un enfoque comparativo tantas veces echado en falta y que recuerda al historiador su misión de dar respuesta a la demanda social del pasado. Traverso pide a sus lectores memoria del antifascismo, del fascismo, del Holocausto, de la guerra, de las víctimas y de los verdugos, etc.,

pero una memoria compleja, crítica con la idea de progreso y con las simplificaciones como la de tratar por igual fascismo y antifascismo. Pero la obra es también sugerente, porque anima a explorar más allá de lo que ha hecho el autor, trazando nuevas comparaciones, investigando diferentes fenómenos con la lente que lo ha hecho el historiador italiano y atendiendo a los mismos factores para lograr una visión más rica y completa del periodo.